



LAS TERTULIAS TÁCTICAS DE ACAPULCO Y EL ALEMÁN: LECTURA, LA BASE DEL CONOCIMIENTO TÁCTICO (1ª PARTE)

Aramís*

La puerta del Bar Inglés de Valparaíso se abrió ruidosamente, dejando entrar una ráfaga de viento frío y lluvioso, para cerrarse rápida y estrepitosamente. Los pocos parroquianos que miraron la figura que acababa de entrar, vieron a un sujeto alto, de edad indescifrable, pero quizás de más de 60 años, enfundado en un grueso chaquetón azul marino y portando en su cabeza una de esas gorras negras alemanas de lana y de tipo militar. Nuestro personaje, al que sus amigos llamaban el *Alemán*, cruzó a grandes zancadas el recinto y se dirigió a una mesa, donde comiendo empanadas fritas y bebiendo un gin con tónica, lo esperaba otro individuo similar, quien hace rato hacía *ojitos* a una buena moza trigueña de ojos azules sentada en la mesa del lado y que poco o nada de caso parecía hacer a los lances del individuo. Este último, al ver al recién llegado, esbozó una sonrisa y exclamó, con el vozarrón de quienes están acostumbrados a hacerse oír en temporales, ¡Bienvenido *Carreta*, ya era hora!

El agua –afuera llovía a raudales– chorreaba por el chaquetón del *Alemán*, quien, luego de sacárselo, procedió a doblarlo cuidadosamente hacia sus interiores y a dejarlo en el respaldo de la silla contigua a la de su amigo, en la mesa que ambos ocuparían. El amigo del *Alemán* lo miró sonriente y le dijo

no lo doubles así, que no se secará jamás.

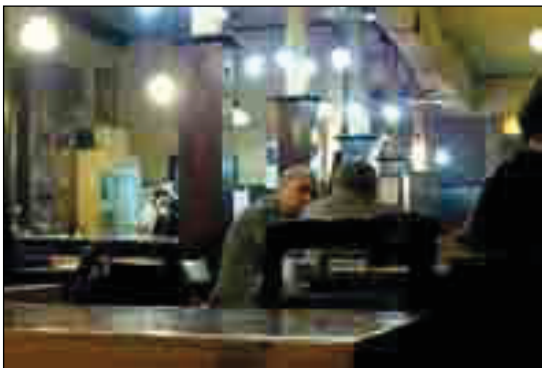
Así se doblan estas cuestiones *Monsieur*, respondió el *Alemán* a su amigo, quien –por cierto– poco o nada de francés tenía, aunque alguna vez hubiese pasado parte de su vida en la cálida Francia. El *Alemán*, trataba a su amigo de *Monsieur* cada vez que quería molestarlo, lo que no era raro, como tampoco era mucho el caso que su amigo hacía de esta puya. Algunas veces lo trataba de “*Pelao*”, como si el mismo *Alemán* no fuese igual o más calvo que su amigo y las más lo llamaba “*Acapulco*”. El segundo sobrenombre se debía a una aventura inenarrable, que sólo ambos conocían y que involucraba mucho tequila, dos señoritas, igual número de cuates celosos y a la Policía de Acapulco.

Aunque distintos, nuestros personajes compartían varios rasgos. Por cierto, se trataba de marinos. Exmarinos, diría alguien, pero sería necesario corregirlo. Ambos eran de aquellas personas, como los médicos, los curas y a menudo los militares, en las cuales separar la profesión del individuo es un ejercicio no solo infructuoso, sino que además, inconveniente, porque resta un ingrediente indispensable para comprender la personalidad del individuo. Nuestros personajes se jactaban de ser *marinos de guerra*, esto es, profesionales de la guerra en el mar. No significaba esto que desprecia-

* Pseudónimo.

ran a los *marinos mercantes*, de quienes respetaban su experiencia a bordo y el conocimiento de su oficio, pero amaban entrañablemente su profesión. Ambos eran de pensamiento más bien conservador o mejor dicho, anticuado en algunos aspectos, aunque con la altura de miras y la mente abierta que da el conocimiento de gente de tierras lejanas y de otra cultura. Sin embargo, sus conversaciones rara vez se alejaban de sus temas preferidos: la táctica, el material naval y las *novias*, palabra romántica con la que designaban a las representantes del bello sexo.

La edad de los amigos era difícil de precisar. Quizás porque eran altos y delgados, aunque sus caras, arrugadas por el sol de las latitudes ecuatoriales y ajadas por el viento de los 40 bramadores, delataban años de singladuras incesantes, de largas guardias nocturnas y de más de 60 primaveras o inviernos, como quiera verse. Normalmente ambos se trataban de “*carreta*”, con la familiaridad y el respeto que otorgan años de amistad forjada en el mar y durante los cuales la vida personal cambia, pero los verdaderos amigos, quedan. Cumpleaños, despliegues operativos, amores, hijos, destinaciones, años de embarco, cursos de instrucción y cortos períodos de mando se habían sucedido rápida-



Sus conversaciones rara vez se alejaban de sus temas preferidos relacionados con los marinos de guerra.

mente en el bitácora de nuestros personajes, otorgándoles la sabiduría que brinda la experiencia razonada, cualidad que hoy los distinguía. Y aquello hay que hacerlo notar, porque no es la experiencia la que otorga sabiduría, sino el razonamiento aplicado sobre la experiencia vital, ya sea propia o ajena. Y este era, justamente, el tema que ocupaba a nuestros amigos.

El tema de la experiencia –decía *Acapulco*– no debe descartarse. Sin embargo *Alemán*, prosiguió hablando *Acapulco*, la experiencia sola no basta. Bien lo decía Napoleón, cuando contaba la anécdota de la mula del Mariscal de Sajonia, mula que había acompañado al mentado Mariscal a todas sus campañas y sin embargo la pobrecita, igual que algunos de sus idiotas generales, nada aprendió de estrategia.

Mmmmm, repuso el *Alemán*, Napoleón de nuevo. Mira *Monsieur* –continuó– eso, aunque lo haya dicho Napoleón, es cierto: se requiere razonar la experiencia para adquirir conocimiento. Lo difícil es que hoy, con el inmediatez idiotizante de Internet, cada día los oficiales leen menos. Y la lectura es –por cierto– la base del razonamiento sobre la experiencia. Porque es más astuto razonar leyendo sobre la experiencia ajena, que cometer los mismos errores que otros para aprender.

Si de leer se trata, contestó *Acapulco*, ya los cadetes debieran comenzar por leer “*Estrategia Naval*” de Pierre Lacoste y algunas buenas novelas náuticas. “*Mar Cruel*”, por ejemplo. “*El Motín del Caine*”² también, y aunque esa novela requiere algo de madurez para su cabal comprensión, es un fiel retrato de la burocracia naval en tiempo de guerra. Una novela moderna y muy especial es “*La Carta Esférica*”, de Arturo Pérez-Reverte, que aunque algo “*apaisanada*”, con-

1.- Nicholas Monserrat.
2.- Herman Wouk, 1952.

tiene párrafos geniales, igual que "Trafalgar", del mismo autor, donde en forma casi poética, Pérez-Reverte deja clara la importancia de ganar el barlovento en tiempos de la vela. Explotar el campo táctico ha sido siempre vital, agregó. Dicho eso, levantó ligeramente la copa hacia la ocupante de la mesa vecina, quien –por fin– sonrió al gesto de *Acapulco*.



Una novela moderna y muy especial.

Buena manera la tuya de explotar las posibilidades del campo táctico, repuso el Alemán al ver la jugada de su amigo. La vida de Günter Prien en "El Camino de Scapa Flow", es otro excelente libro para jóvenes, continuó el Alemán. Sin dejar de mencionar a "Los Lobos y el Almirante"³, una obra estupenda, pero más compleja, agregó.

Acapulco lo miró sonriente y estuvo a punto de agregar algo respecto del indisoluble progermanismo de su amigo, pero prefirió callar al respecto y agregó: –a propósito de eso– recuerdo dos libros notables relacionados con el tema submarino: "Bajo las olas", un libro que relata, entre otras, las aventuras de los tripulantes de los submarinos de bolsillo británicos y "Walker, R.N."⁴ una biografía del as de la guerra antisubmarina británica, el Capitán de Navío Frederick "Johnnie" Walker.

Un tipo peculiar *Johnnie Walker*, anotó el Alemán. – ¿Tú sabías, prosi-

guió, que dos hijos de Walker murieron a causa de los submarinos alemanes? ¿Y que el mismo Walker murió de trombosis atribuida al agotamiento poco después de haber sido desembarcado? Tanto hablar de *Johnnie Walker* me despertó la sed amigo. Pidamos el último trago antes de salir a capear este temporal a la calle, que la lluvia me caló hasta los huesos.



Autor el Capitán de Navío Frederick Walker.

¡Mayor!, gritó *Acapulco*, un whisky para mi *carreta* y otro gin para mí.

Si no lastramos algo el estómago, nos va a "pillar el fresco" apenas salgamos, agregó el Alemán, gritándole al pobre mesero – ¡*Moyita*, agrega media docena de empanadas fritas de pino y apura el andar hombre!

El mesero era un calvo de apellido Morán, que rondaba los 50, de chaqueta blanca, humita gastada y peinado extravagante, que pretendía ocultar su falta de pelo sometiendo a sus escasas y largas mechas a curvas singulares. Ya estaba acostumbrado a que lo llamaran "Moya", a los gritos y a la jerga náutica del par de amigos, así que "apuró el andar" y a paso rápido se encaminó a la cocina mientras reclamaba entre dientes algo ininteligible respecto de marinos "varados y ociosos", demasiado viejos para la mar y mañosos para el hogar.

3.- Wolfgang Frank, 1953.
4.- Terence Robertson.

Hay otro libro que es un clásico marítimo y se llama "La Expiación", de Vladimir Semenov. Él era un Capitán de Navío de la Armada Rusa que vivió el bloqueo en Puerto Arturo y luego participó en el periplo dramático de la Escuadra del Almirante Rodjensvenki alrededor de África, sólo para ser derrotada luego en Tsushima. Sin embargo, continuó *Acapulco*, es un libro largo y dramático, de esos que se leen bien sólo en vacaciones, cuando todos pretenden que uno descansa rodeado de *mocosos* irreverentes, gastando dinero y sin hacer nada útil, mientras uno mismo sólo añora estar en un puente de mando realizando evoluciones en escuadra, de esas ordenadas exclusivamente por banderas y señales visuales, que tan entretenidas son para los que entienden la diferencia entre un rumbo y una caída.

Ya que estás hablando de guerras europeas, dijo el *Alemán*, hay que mencionar dos excelentes obras modernas respecto de la Primera Guerra Mundial: la primera es "Castles of Steel" de Robert Massie, una obra genial de los combates navales desde la perspectiva inglesa⁵. Y como complemento de dicho libro hay que leer necesariamente "Jutland, the German Perspective", de V.E. Tarrant, una obra escrita por un marino y para marinos. Podría terminar la lista de obras recomendadas con "The Price of Admiralty", un libro de John Keegan que analiza la evolución de la guerra en el mar a nivel táctico, muy apropiado para un oficial jefe que quiera iniciarse en el análisis inteligente de su profesión, para continuar luego con los ya clásicos y agudos "Fleet Tactics" de Wayne P. Hughes⁶.

Pero esos últimos ya son casi textos de estudio, añadió *Acapulco*. Antes recomendaría leer "One Hundred Days" del –a veces demasiado quejumbroso– Almi-

rante Sandy Woodward, un libro que se complementa bien con dos obras más: Primero, con "No Vencidos" del Contraalmirante ARA Horacio Mayorga y luego con "Sea Harrier over Falklands"⁷, libro que relata los logros y frustraciones de los pilotos navales británicos que participaron en el conflicto, planteando –por uno de sus subalternos– un punto de vista crítico a la conducción británica de la campaña aérea. De la Segunda Guerra Mundial agregaría dos libros: Primero, "White Ensign, the British Navy at war 1939-1945"⁸ y luego, "The Eagle Against the Sun"⁹. Aunque algo enciclopédicos, ambos son útiles, agregó, lanzando una mirada coqueta a su vecina.



Libro del CA ARA Horacio Mayorga.



Libro del autor Nigel Ward.

"Moyita" arribó con los tragos y las humeantes empanadas fritas, que tan bien vienen con esos días lluviosos de Valparaíso, en los que el viento norweste trae aire frío y húmedo, cargado de chubascos que hacen repiquetear las ventanas. Días en los que los Comandantes y Capitanes mantienen un ojo en el barómetro y otro en las espías y cadenas de sus buques, mientras una nata formada por pequeños pesqueros y embarcaciones variopintas buscan refugio en el interior de la poza del molo de abrigo, para desesperación de los capitanes que se preguntan cómo zarparán –si tienen necesidad de hacerlo– entre tanta embarcación.

5.- Ver también "DREADNOUGHT" del mismo autor.

6.- Se refiere a "FLEET TACTICS: Theory and Practice" y a "FLEET TACTICS and Coastal Combats", las dos obras principales de Hughes.

7.- "Sharkey" Ward.

8.- Stephen W. Roskill.

9.- Ronald H. Spector.

Ese sería, continuó *Acapulco*, el *mínimo minimorum* de lectura necesaria para un marino de guerra. Sobre esa base de conocimiento, necesariamente imperfecta e incompleta, es posible conversar, razonar y extraer experiencia útil. Carecer de ella sería privarse de los fundamentos de la táctica. Estudiar sin ella equivale a capacitarse o más bien a acondicionarse a seguir algunos preceptos, pero sin comprender sus orígenes. Un oficial que carece del fundamento que otorga la cultura adquirida en base a la lectura, jamás podrá ser un *profesional* de la táctica, sino que –en el mejor de los casos– un *técnico* o quizás, un buen maestro chasquilla, que sabe qué hacer, pero no por qué lo hace.

Así es, dijo el *Alemán* mascando la segunda empanada ante los ojos atónitos de su amigo, quien por hablar le había perdido el ritmo al *mastique* y no comenzaba aún la primera. Pero cabe destacar que leer esos libros no es tarea de un día, sino de una vida profesional. Primero, como cadete, las novelas, para agarrarle el gusto a la lectura y entender el stress que la guerra ejerce sobre las personas. Antes de la Academia de Guerra, hay que leer a Hughes y a Keegan, además de todo lo relacionado con las Falklands, que debiera ser del conocimiento de todo jefe de guardia que se precie de tal. Para terminar, como oficial jefe y superior, con aquellas obras relacionadas con la conducción de flotas y las campañas de las guerras mundiales.

Exactamente *Alemán*, le respondió su amigo, sólo así nuestro oficial tendrá una base fértil sobre la cual cimentar sus conocimientos de táctica y luego de arte operativo.

Ambos amigos habían comenzado una carrera no declarada por devorar las humeantes y jugosas empanaditas fritas. Mientras *Acapulco* las atacaba empleando el cubierto –preocupado por no quedar como un energúmeno ante su vecina– el *Alemán* las cogía con la mano y las devoraba de dos mascadas. Así las

cosas, el resultado final prometía ser un 4-2, favorable al *Alemán*.

Entre mascadas, el *Alemán* agregó: ¿Cómo puede alguien ser un buen táctico sin conocer los problemas que tuvo Beatty para hacerse entender en Jutlandia y en el Banco de Dogger...



Almirante David Beatty.



Almirante japonés Shoji Nishimura.

¿Recuerdas la señal “Atacar la retaguardia del enemigo al SE”? ¿Cómo podría un marino entender la fricción y las desventajas de un plan complejo si no conoce el Plan Sho-Go japonés y la acción desesperada de *Taffy-3*, así como las desinteligencias entre los Almirantes Nishimura y Shima? ¿Cómo entender el combate, si se desconocen tanto los hechos anecdóticos, pero trágicos, que influyeron en batallas y combates?... ¿where is the task TF 34 world wonders? En fin, hay tantas “perlas” y enseñanzas en la historia, que no aprovecharlas por desconocimiento, sería casi criminal.



Batalla de Jutlandia.

En esos instantes, mientras Acapulco se afanaba en terminar su segunda empanada, sonó un celular. El Alemán se paró y comenzó a buscar en el chaquetón que tan cuidadosamente dobló antes. Acapulco, lo miró sonriente y le dijo: ese es un invento diabólico amigo y es el mejor ejemplo de mando y control; porque los celulares son sistemas de mando, cuando uno llama a la pega y de control, cuando a uno lo llama el jefe o la pareja.

Efectivamente *carreta*, respondió el Alemán, pero el tema de Mando y Control lo tendremos que dejar para otra oportunidad, porque me llaman y tengo que volver. Dicho eso, sacó un húmedo billete del chaquetón y lo dejó sobre la mesa. –Creo que esto sobraré para mi parte *carreta*, continuó el Alemán, agregando luego: Además, veo que ya estás obteniendo respuesta de IFF, así que te

dejo. ¡Buena caza, misilero! Dicho lo anterior, se retiró, no sin antes dedicar una mirada a la ocupante de la mesa vecina, quién sorprendida, sólo atinó a bajar la vista, ruborizándose ligeramente. Apenas esto sucedió, Acapulco depositó igual suma en la mesa, tomó su vaso y ensayando su mejor sonrisa, se aproximó a la mesa contigua.

“Moyita”, el mesero, arreglándose la humita se apresuró a retirar el efectivo y los platos de la mesa, ya que varios parroquianos esperaban su turno hace rato. Al pasar al lado de Acapulco, le pareció escuchar que éste, entre dientes y sin dejar de sonreír, murmuraba cosas incoherentes tales como: “...contacto de sonar ... soy buque atacante...”, mientras se aproximaba a la bella dama de la mesa vecina quien –sonriente y extrañada– lo miraba...

* * *

